



MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 4
UNA FLOR PARA
OTRA FLOR

booket

Megan Maxwell

Una flor para otra flor

Las guerreras Maxwell, 4

Capítulo 1



Carlisle, Inglaterra, 1328

—Con todos mis respetos, señor...

—Padre, por favor.

—... Señor, vuestra nieta no debería haberse marchado a Kildrummy con esos bárbaros —insistió Wilson mirando al anciano—. Su sitio está aquí, no con esos highlanders que...

—Esos highlanders son parte de su familia, padre. Sandra se crió en Traquair con los Murray, y Josh y su hijo siguen velando por ella —increpó Clarisa, la madre de la muchacha. Acto seguido, mirando al hombre que la observaba furioso a su lado, añadió—: Y en Kildrummy tiene lo más parecido a una hermana. Angela y ella se criaron juntas, y por nada del mundo deseo que dejen de verse.

Negándose a entender lo que aquélla decía, Wilson volvió a mirar al anciano, que lo escuchaba. Sabía muy bien cómo manejarlo, por lo que insistió:

—Si los padres del joven Crown se enteran de que vuestra nieta se ha marchado a las Highlands con esos malditos escoceses, romperán el compromiso. Pensadlo. Si envío a alguno de mis hombres ahora mismo, la interceptarán antes de llegar a Edimburgo con esos bárbaros que la acompañan y la traerán de vuelta.

—Ni se te ocurra, Wilson —siseó Clarisa.

Él la miró y, clavando los ojos en ella, murmuró:

—Tu osadía al hablar te...

—Mi osadía —lo cortó ella— es el resultado de tu desfachatez.

—¡Compórtate, Clarisa! —regañó lord Augusto a su hija.

Wilson Fleming, hijo de una hermana del anciano y su hombre de confianza, la observó. Aquella deslenguada lo sacaba de sus casillas.

Habían pasado muchos años desde que Clarisa lo había plantado para marcharse con un maldito highlander, y él todavía no se lo había perdonado.

Recordar la frustración que había sentido al saber que la mujer que amaba no lo amaba a él y lo había dejado por otro lo hundía cada vez que la miraba, pero, sin querer dejar al descubierto toda su rabia, indicó:

—Señor, ¿puedo hablar?

Augusto Coleman, que estaba a su lado, miró a su hija y le recriminó:

—Clarisa, retén tu lengua o te irás de la sala. Y una vez más me permito recordarte que tú no tienes ni voz ni voto aquí.

La aludida maldijo en silencio cuando Wilson, al ver que ella callaba, asintió y prosiguió:

—Intentaba decir que, en un momento tan delicado como el que estamos viviendo, lo que menos importa es lo que Sandra deseé. Lord y lady Crown quieren que la boda se celebre cuanto antes, y no debemos obviar que el enlace del joven Ruark con Sandra nos beneficiaría en todos los sentidos.

Acalorada por tener que escuchar aquello, Clarisa se revolvió. Los años vividos en las Highlands con su marido, ya fallecido, le habían enseñado que la felicidad en el hogar lo era todo, y no estaba dispuesta a que su hija no tuviera una boda por amor; así que se encaró a aquel que en otro tiempo había sido su prometido, y empezó a protestar:

—Wilson, no consiento que...

—¡Cállate! —siseó él.

Ofuscada, Clarisa se disponía a replicar cuando su padre, levantándose y acercándose a ella, indicó:

—Está claro que tu madre te consintió demasiado, pero eso no ocurrirá con la maleducada de tu hija. Se casará con el hijo de los Crown, y ahora cállate. Tus modales de bárbara son deplorables.

La aludida miró al anciano con gesto de desagrado.

¿Cómo podía hablarle así delante de aquél?

Desde la muerte de su madre, su relación era pésima, y la pre-

sencia de Wilson la empeoraba. Pero nunca consentiría que utilizaran a Sandra como moneda de cambio. Nunca.

Imaginarse a su hija siendo infeliz el resto de su vida le carcomía el corazón, pero se lo destrozaba aún más saber que debido a su osadía, al haberla criado su marido y ella como a una guerrera, haría cualquier cosa para que ni su abuelo ni Wilson cumplieran su objetivo.

No era la primera vez que intentaban desposarla, pero Sandra se las había arreglado para evitar aquellos matrimonios enseñándoles a sus futuros maridos lo irreverente que podía llegar a ser y lo escocesa que se sentía.

Por suerte, los anteriores pretendientes se habían quitado de en medio sin dar guerra, pero Clarisa sabía que el hijo de los Crown era medio tonto, y sus padres sólo deseaban casarlo con quien fuera para que les diera descendencia. El resto no les importaba.

Mientras pensaba en Sandra, e ignorando la dura mirada de Wilson, que estaba a su lado, indicó:

—Quiero que mi hija se case por amor, y ella...

—¡Fuera de aquí! —voceó su padre—. Tu descaro y tu arrogancia me han conducido a esta absurda situación. Con tus disgustos te llevaste a tu madre a la tumba, y ahora pretendes llevarme a mí también.

—¡Padre!

Pero Augusto Coleman ya no la escuchaba, estaba furioso.

—Deberías haberte casado con Wilson. Este hombre era tu prometido. Tu madre y yo lo escogimos para ti. Y tú, con tu huida y tu fatídica elección, lo avergonzaste a él, a tu madre y a mí. Y eso, maldita sea, nunca te lo voy a perdonar.

—Padre, Gilfred era una buena persona. Me enamoré y...

—¡Cierra esa boca! —siseó furioso Wilson al oírla.

Nunca una mujer lo había hecho sentirse tan idiota.

El abandono de aquélla la noche antes de la boda era lo peor que le había pasado nunca. Él la amaba, soñaba con ella noche y día, y jamás aceptaría que lo hubiera traicionado con un maldito escocés.

Entendiendo la mirada enajenada de aquél, lord Coleman se acercó a su hija y señaló:

—En su momento no te casaste con quien correspondía, pero tu hija lo hará. Y lo hará porque esta vez Wilson y yo nos encargaremos personalmente de que así sea.

—No, padre. Ella...

Un fuerte bofetón le giró la cara.

Con el beneplácito del padre de la mujer, Wilson se acababa de desfogar.

A continuación, sin inmutarse, el anciano añadió:

—Sandra se casará con el hijo de los Crown, y si éstos se echan atrás por el talante irreverente de tu hija, será Wilson quien se case con ella.

Horrorizada, Clarisa los miró a ambos y, buscando algún sentimiento en su padre, gritó:

—Pero ¡es tu nieta! ¿No quieres que sea feliz?

Lord Coleman la miró fijamente y siseó mordiéndose la lengua:

—El mismo apego que tú me has tenido a mí es el que yo le tengo a esa bárbara.

A Clarisa se le revolvió el estómago al oír esas duras palabras y, con la mejilla enrojecida, mientras miraba a los dos hombres y se juraba que no permitiría aquello, oyó a su padre decir:

—Éste será su último viaje a las Highlands. ¿Cuándo regresa?

En un primer momento Clarisa no contestó, pero cuando su padre la empujó, dijo:

—No lo sé. Quizá dentro de dos semanas.

Wilson asintió, y el anciano indicó:

—Esperaremos a que vuelva y a que los malditos Murray la dejen frente a la fortaleza. Una vez que llegue, será desposada.

Clarisa negó con la cabeza. Impediría aquella locura antes de que su hija fuera una desgraciada como pretendía su padre, y, dando media vuelta, murmuró:

—Me retiro a mi habitación.

Ninguno dijo nada. Sólo la observaron salir.

Agobiada, corrió hacia la escalera y allí se encontró con Gina y

con Kerry. Gina, una anciana que adoraba a la mujer tanto como a la hija de ésta, le sonrió y preguntó:

—¿Qué os pasa, mi niña?

Sin querer mostrarle la angustia que sentía a la mujer, Clarisa sonrió a su vez.

—Nada —contestó—. Sólo que añoro a Sandra.

—Tranquilizaos, milady —dijo Kerry—. Sabemos que Sandra está en buenas manos y regresará feliz como siempre.

Ella asintió y, tras dirigirles una sonrisa, subió la escalera y fue a su aposento.

En el despacho, cuando Clarisa se hubo marchado, lord Coleman indicó respirando con dificultad:

—¿Sigue en pie que, si los Crown se echan atrás, tú te casarás con mi nieta?

—Sí —afirmó Wilson—. Si se da el caso, me ocuparé personalmente de que al fin sea una perfecta inglesa.

El viejo asintió y, sin un ápice de piedad, sentenció:

—Vigila a Clarisa. Conociéndola, tratará de impedir la boda.

El aludido afirmó con la cabeza y, sin dudarle, salió de la estancia.

En su habitación, Clarisa miró angustiada a su alrededor. Tenía que advertir a su hija de lo que ocurría, por lo que, tras coger un papel, tinta y pluma, escribió:

Sandra:

Soy mamá. Te ruego, te suplico, que, tras leer esta carta, no regreses a Carlisle y te mantengas todo lo lejos que puedas de este lugar, porque aquí nunca serás feliz.

Cariño, en cuanto me sea posible viajaré para reunirme contigo. Sé que no me será difícil encontrarte, porque, conociéndote, estarás cerca de Angela o de ese joven llamado Zac Phillips, que algo me dice que es el dueño de tu corazón.

Sé fuerte ante las adversidades y sé clara con las personas que te quieren. Tu padre y yo criamos una guerrera y, como él decía, el que no lucha por lo que quiere no se merece lo que desea.

En el amor, sé tú misma. No cambies. Quien te ame te corregirá, pero nunca te cambiará. Y, si ese Zac es el hombre de tu vida, jamás dejéis de hacer de vuestros pequeños instantes grandes momentos que en el futuro os puedan ayudar a recordar por qué estáis juntos.

Mi amor, utiliza el corazón y la cabeza y, sobre todo, sé feliz y nunca olvides que tu padre y yo te queremos y siempre estaremos muy orgullosos de ti.

MAMÁ

Tan pronto como terminó de escribir, dobló la carta y se la guardó en la manga del vestido. Ahora debía encontrar a alguien que se la llevara a su hija.

Con cuidado, abrió la puerta de su habitación y se tropezó con Alicia, su criada. Clarisa se aproximó a ella y preguntó:

—¿Sabes dónde están Kendall, Rudy o Charles?

La mujer asintió y, al ver el gesto pálido de aquélla, dijo:

—¿Qué os pasa, milady?

Clarisa, angustiada, se le acercó y, tras quitarse un anillo de plata con una piedra negra que le había regalado su marido el día de su boda, indicó:

—Guárdalo y, si algo me pasa, entrégaselo a Sandra si aparece por aquí.

—Milady, me estáis asustando...

Clarisa lo sabía, sabía lo que estaban ocasionando sus palabras, pero prosiguió:

—En cuanto se lo des, dile que huya. Que huya lo más lejos que pueda, porque aquí no está segura.

—Pero... pero, milady...

A continuación, Clarisa dejó sobre la mano de aquélla su preciado anillo y añadió:

—Vete. Nadie debe saber que hemos hablado.

Alicia, tan asustada como su señora, se guardó el anillo en el pecho y se alejó a toda prisa.

Una vez de nuevo a solas, Clarisa corrió escaleras abajo para salir al exterior. Sin mirar atrás, y oculta por la oscuridad de la noche, caminó hacia las caballerizas y, al entrar, sonrió al ver allí a Kendall y a Carter, que se ocupaban de los caballos.

Sin tiempo que perder, les pidió que le llevaran aquella nota a su hija al castillo de Kildrummy, y Kendall aceptó sin dudarle. Carter, en cambio, se mostró más reticente. No quería adentrarse en un territorio tan hostil.

Esa noche, Kendall se marchó, pero su viaje duró poco. Fue interceptado por dos hombres antes de llegar a Dumfries, quienes, tras matarlo sin piedad y enterrarlo, le robaron la nota y, a su regreso, se la entregaron a Wilson, que, al leerla, enfureció y se la guardó.

Dos días después, enajenado por la furia que sentía cada vez que leía que aquel escocés había sido el amor de su vida, cuando Clarisa paseaba con su caballo por un risco muy peligroso, se acercó a ella y, tras una fuerte discusión, la empujó y ella cayó contra las piedras.

Wilson contempló la escena sin un ápice de piedad. Sin duda, la caída del caballo le había hecho más mal que bien a la mujer y, mientras un hilillo de sangre manaba de la boca de ésta, murmuró:

—El amor de tu vida debería haber sido yo, y no ese maldito escocés. Y ahora, te guste o no, seré yo quien se ocupe de la irreverente de tu hija; le bajaré esos humos que tiene porque me casaré con ella.

—No..., no... —replicó Clarisa en un hilo de voz al tiempo que sentía que las fuerzas la abandonaban.

Diez días después, inevitablemente, murió ante los ojos de un hombre que debería haberla criado como un padre y que no derramó una sola lágrima por ella.

La mujer, que, con los ojos cerrados, parecía dormir, había sido la persona que más lo había decepcionado en el mundo. Entonces, mirando a Wilson con gesto severo, el anciano indicó:

—Deberás partir con ella en un carruaje. Todos han de creer que mejoró y se marchó a Francia para reponerse. Una vez que os

alejéis, entiérrala donde quieras y regresa dentro de unos días. Si alguien pregunta, diremos que está en Francia, en el hogar de los Hamilton.

—De acuerdo —asintió Wilson aplastando unas flores secas de color naranja que Clarisa tenía en su habitación.

Sin un ápice de pena, mientras se dirigía hacia la puerta para salir, el viejo añadió:

—La bárbara de su hija regresará y entonces nosotros nos ocuparemos de ella.

—No veo el momento —afirmó Wilson.

Alicia, que estaba oculta en las sombras, lo oyó todo y lloró por la pobre Clarisa. La maldad de aquellos sinvergüenzas para con la fallecida y su hija no parecía tener fin.

Capítulo 2



Castillo de Kildrummy

—Aleix, cuando seas mayor, volverás locas a las mujeres con esa sonrisa.

Al oír eso, Angela sonrió. Su hijo era la viva estampa de su marido Kieran, y afirmó:

—Oh, sí..., no me cabe la menor duda de eso, Sandra. Aleix va a ser un rompecorazones.

Ambas sonrieron mientras su amiga soltaba a Aleix para que corriera tras su abuela, que lo llamaba. Una vez que el niño desapareció, Angela dejó a su pequeña en la cunita tras haberle dado el pecho, y Sandra murmuró:

—Sheena es preciosa.

—Sí —afirmó la madre, mirándola con cariño—. Y tiene un carácter más tranquilo que Aleix.

Ambas rieron; entonces Sandra se tocó el vestido y Angela comentó:

—Muy bonito el vestido que llevas.

—Gracias.

—¿Ayudaste a confeccionarlo?

Las dos mujeres volvieron a reír. Ambas sabían lo mucho que Sandra odiaba coser.

—Bien sabes que no —contestó ella—. Mamá lo confeccionó junto con el que llevaré en el bautizo —afirmó encantada.

Angela asintió y, a continuación, cuchicheó:

—El vestido que has traído para la fiesta de Sheena es precioso. Mañana serás una madrina estupenda, y estoy convencida de que causarás algún que otro revuelo entre los hombres presentes.

Divertida, Sandra suspiró, pero, cuando iba a responder, un

fuerte ruido proveniente del exterior las hizo levantarse para mirar por la ventana.

Una treintena de hombres acababa de llegar. Al frente iba Zac Phillips, un joven highlander que sonreía al pasar a todas las mujeres del castillo de Kildrummy.

—Zac, ¡qué bien que hayas llegado!

El aludido miró a su gran amigo Kieran O’Hara con una sonrisa. De un salto, Zac se bajó del caballo con agilidad y, abrazando a aquél, al que debía tanto, sonrió.

—El padrino de Sheena ya está aquí.

Ambos rieron por aquello y Zac, torciendo el gesto, siseó al ver a dos hombres:

—Vaya..., ya están aquí los Murray.

Kieran lo miró y preguntó:

—¿Acaso eso no te alegra?

Zac suspiró y respondió encogiéndose de hombros:

—No.

—¿Seguro? —insistió su amigo—. Sandra Murray siempre...

—¡Apesta a oveja!

Al ver cómo aquél le había cortado lo que iba a decir, Kieran sonrió e indicó:

—Vengo de estar con las vacas. Por cierto, he separado unas yeguas para que te las lleves cuando regreses a Dufftown. Creo que te vendrán bien.

Encantado, Zac asintió y musitó:

—Gracias, amigo. Muchas gracias.

Desde lo alto de la ventana, Sandra, entrecerrando sus ojos de color almendra, murmuró:

—Vaya..., ¡ya ha llegado!

Angela sonrió.

Zac y Sandra se deseaban, se buscaban, pero era verse y o bien se ignoraban, o no paraban de lanzarse pullitas. Sin querer decir nada, se retiró un mechón rojo de la cara cuando Sandra cuchicheó:

—Espero pasarlo bien en la fiesta de mañana.

—Y yo —afirmó Angela.

El tono en el que había respondido hizo que Sandra mirase a su amiga y le reprochase:

—Y que sepas que no me parece bien que el padrino de Sheena sea Zac.

—¡Sandra!

—Vamos a ver, Angela: de entre todos los hombres que hay en las Highlands, ¿por qué él?

—Porque Kieran eligió al padrino y yo a la madrina.

Al oírla, Sandra suspiró. Como siempre, tenía sentimientos encontrados con respecto a Zac.

—¿Seguirá sin hablarme ese cabeza dura cuando me vea? —preguntó.

Su amiga resopló. Todavía recordaba la furia de aquél el día que llegó una carta de Carlisle diciendo que Sandra se había prometido con un inglés.

—Dale tiempo —indicó con una sonrisa—. ¿Cuántas veces he de recordártelo?

Sandra maldijo. Aquella carta que su abuela le obligó a enviar antes de su fallecimiento sólo le había dado quebraderos de cabeza, pero, cuando iba a protestar, Angela continuó:

—Y, antes de que sigas maldiciendo, déjame recordarte que Zac fue a Carlisle para rescatarte de las garras de tus abuelos y te encontró feliz y sonriente con ese francés, así que...

—Oh, Angela, no me lo recuerdes. No fue un momento agradable para mí.

—Ni para él.

Con una sonrisa divertida, Sandra cuchicheó:

—Aunque debo confesar que Preston Hamilton, el francés, es encantador. Es un hombre divertido y...

—¡Sandra!

—Vale... Sé que no está bien decir lo que digo, pero reconozco que me gustó comprobar los celos de Zac al verme con él.

—Sandra, efectivamente, eso es muy osado.

Divertida, la joven se colocó bien el abalorio que llevaba en el cabello y afirmó:

—La osadía da emoción a la vida.

Angela sonrió. Ella también era bastante osada en cuanto a su marido se refería, pero mirando a su amiga, indicó:

—Deberías controlar tu osadía con respecto a Zac, porque algo me dice que le llegaste al corazón y...

—¿Zac tiene corazón?

—¡Sandra!

Sin embargo, ambas rieron y, a continuación, Angela cuchicheó:

—No sé quién es peor, si él o tú.

Su amiga soltó una carcajada, y en ese momento oyeron la voz de Kieran, que gritaba:

—¡Angela!, mi bella y dulce esposa. ¿Puedes bajar para recibirme con un beso?

Ella sonrió y, mirando a su maravilloso marido, indicó desde lo alto de la ventana:

—Nada me gusta más que besarte, pero antes ve a darte un baño. Has estado con el ganado.

Kieran cambió el gesto, y Zac, que se había percatado de la presencia de Sandra junto a aquella, retiró la mirada y se mofó:

—Ya te lo he dicho: ¡apestas!

Las carcajadas de los highlanders hicieron sonreír a todos, excepto a Kieran, que, sin apartar la mirada de su amada, preguntó:

—¿Me rechazas, mujer?

Encantada al ver el desafío en los ojos de aquél, Angela se sentó en el alféizar de la ventana y, agarrándose a Sandra sin que él lo viese, respondió:

—De acuerdo, esposo. Creo que, si salto desde aquí, llegaré antes a besarte.

Ver a su impetuosa mujer sentada allí lo intranquilizó y, cambiando el gesto, Kieran indicó:

—Angela, ¡bájate de la ventana!

Divertida, ella le guiñó un ojo y apuntó:

—¿Seguro?

—Segurísimo —replicó él.

Una vez que ella volvió a estar del otro lado de la ventana, se asomó nuevamente y gritó:

—¡Kieran O'Hara, no te muevas de ahí!

Y, sin soltar la mano de Sandra, le pidió a su amiga:

—Vamos. Acompáñame.

Cuando desaparecieron de la ventana, Zac miró con gesto serio a su amigo y afirmó:

—Está visto que su temeridad y su locura siguen igual.

Sin poder evitarlo, Kieran sonrió. Adoraba aquella osadía.

Entre risas, las dos mujeres bajaron corriendo al piso inferior y, al entrar en el salón para atravesarlo y salir al exterior, ambas chocaron contra dos cuerpos. Kieran y Zac.

Rápidamente, Sandra se echó hacia atrás y, cuando Angela iba a hacer lo mismo, Kieran agarró a su mujer del brazo e indicó con gesto serio:

—Que sea la última vez que...

No pudo decir más. Angela se lanzó a su boca para besarle, y él, como era de esperar, no tardó en reaccionar.

Sin saber qué hacer, Sandra y Zac miraron hacia otra parte y, cuando el beso de aquéllos acabó, Angela murmuró:

—Sabes a barro, a lluvia y a vaca, pero me encanta.

Tras recomponerse del ardoroso beso de su mujer, Kieran gruñó:

—Que sea la última vez que te subes a la ventana y...

—Ajá...

Ese «¡Ajá!» tan característico de Angela lo hizo sonreír y, acercándola a su boca, susurró:

—Hada..., no me tientes.

Sandra, que no sabía dónde mirar, se disponía a decir algo cuando Zac protestó:

—Por san Fergus, ¿por qué tenéis que ser siempre tan empalagosos?

Angela le dio un rápido beso a su marido en los labios y respondió:

—Ay, Zac. Si algún día te enamoras de verdad, ¡lo sabrás! —Y, sin apartar los ojos de aquél, indicó—: Por cierto, ¿has saludado a Sandra? Ha llegado esta mañana.

Zac miró a la joven de pelo oscuro y largo. Estaba preciosa con

el abalorio de diminutas piedrecitas azul claro que con gusto llevaba en la cabeza, pero sin acercarse a ella, indicó:

—Bienvenida.

—Oh..., ¡que ilusión! Pero si me habla —se burló ella.

Kieran y Angela se miraron mientras Zac resoplaba. Parecía que a aquellos dos les gustaba picarse.

—¿Has venido sola o con ese amigo tuyo francés? —preguntó él con mofa.

Estaba claro que Zac no olvidaba.

—Sola —respondió ella—. Hamilton tuvo que regresar a Francia..., una pena.

Zac resopló de nuevo, dispuesto a contraatacar, cuando Sandra, con su naturalidad de siempre, comentó sonriendo:

—Veo que te has dejado crecer el cabello. Te queda muy bien.

Al oírla, él asintió y, suspirando, respondió:

—Entonces me lo cortaré.

—¿Por qué? Si te he dicho que te queda muy bien —insistió Sandra.

Pero, sonriendo con el mismo gesto suspicaz que ella, Zac siseó:

—Si a ti te gusta, a mí no.

Kieran y Angela dejaron escapar un suspiro. ¡Ya empezaban!

En ese instante apareció Edwina, la madre de Kieran, quien, al ver a su hijo y a su nuera abrazados, sonrió y murmuró:

—Angela, dile a mi hijo que vaya a lavarse. ¡Apesta! Y a ti, Zac, tampoco te vendría mal un poco de aseo.

El ruido del exterior volvió a llamar la atención de todos. Kieran escuchó unos instantes y, al oír las voces de Duncan y Lolach, que daban órdenes a sus hombres, indicó con una media sonrisa:

—Zac, tus hermanas Megan y Shelma ya están aquí.

El aludido resopló. Sabía lo que le esperaba.

Al oír eso, Angela se deshizo de los brazos de su marido y corrió al exterior a recibir a sus invitados. Unos instantes después, la puerta de la entrada se abrió y una mujer morena de preciosos ojos oscuros que entraba junto a Angela siseó con gesto reprobatorio:

—Creo que te voy a matar.

—Megan, ¡qué alegría verte! —bromeó Zac mientras observaba que, tras ellas, iban Shelma, Duncan y Lolach.

—Sí. Definitivamente voy a coger el palo más grande que encuentre y te lo voy a estampar en tu dura cabeza —insistió la aludida caminando hacia él.

—Ay, hija, no digas eso —murmuró divertida Edwina.

Sandra observó a la tal Megan, había oído hablar mucho de ella y de su fuerte temperamento, y entonces ésta voceó:

—Pero, vamos a ver, ¿cómo se te ocurre hacer semejante locura?

—Zac no respondió, y ella prosiguió—: ¿Cómo se te ocurre ir a Dunhar, con apenas veinte hombres, a reclamar lo que no necesitamos?

Shelma, su otra hermana, corrió hacia Zac y, abrazándolo, susurró:

—Gracias a Dios que estás bien.

Sonriendo por recibir el abrazo de aquella, a pesar de la dura mirada de su otra hermana, él respondió:

—Claro que sí, Shelma, tranquila.

Megan, que observaba a sus dos hermanos con los brazos en jarras, se disponía a gritar de nuevo cuando Duncan, su marido, se acercó a ella y murmuró en su oído:

—Cariño, tranquilízate. Como ves, está sano y salvo.

Pero Megan lo miró y siseó:

—Y, en cuanto a ti, esposo mío, ¡ya hablaremos! —Luego, mirando a Lolach y a Kieran, añadió—: Y vosotros dos, junto a Niall y a Axel, tampoco os salváis. ¿Cómo no se os ocurrió no contarme lo que estaba haciendo el tonto de mi hermano? ¿Cómo lo dejasteis ir solo?

—No fui solo, hermana, fui con mis guerreros.

Los hombres se miraron sonriendo, pero Megan increpó de nuevo a Zac:

—¿En qué estabas pensando? Podrían haberte herido, o, peor, podrían haberte matado, y yo... yo...

Él miró con resignación a su cuñado Duncan.

—Te dije que te guardaría el secreto —indicó éste—, pero que se lo contaría antes de llegar aquí.

—Yo también —apostilló Lolach.

—Fin del secreto —afirmó Kieran sonriendo mientras observaba cómo su madre salía del salón ante la llegada de alguien.

Separándose de su hermana Shelma, Zac asintió en dirección a sus cuñados y a Kieran y, acercándose a la enfurecida morena, explicó:

—Megan, esas tierras eran de papá y mamá. Por casualidad me enteré de que un primo lejano de papá las había vendido y decidí reclamar lo que era mío.

—Pero eso era una locura —aseguró Shelma.

—Lo sé. Pero era mi locura. Esas tierras son mías y no iba a permitir que otro se lucrara con ellas. Además, antes de que prosigáis ninguna de las dos, dejadme recordaros que, les guste o no a esos ingleses, yo era el heredero de aquellas tierras y necesitaba el dinero para...

—No lo necesitabas —lo cortó Megan—. Mi marido y el de Shelma te ayudaron a comprar las tierras y el castillo de Balvenie, en Dufftown, y ellos nunca te...

—Megan —ahora fue Zac quien la interrumpió a ella—, sé que Duncan y Lolach nunca me reclamarían nada. Lo sé.

—Nunca —afirmó Duncan.

—¡Claro que no! —concretó Lolach, ganándose una sonrisa de su mujer, Shelma.

Al oír eso, Zac sonrió. Tenía unos excelentes cuñados y, tras mirar a Sandra, que observaba todo aquello con unos ojos abiertos como platos, miró a su hermana y manifestó:

—Megan, soy un hombre y he formado mi propio clan. Ya no soy el niño que sigues viendo en mí y, te guste o no, he hecho lo que tenía que hacer. He reclamado lo que era mío y, con ello, he saldado mi deuda con Duncan y Lolach.

—Pero, Zac... —insistió ella.

Él agarró entonces a su protectora hermana de la mano y apuntó:

—Quería que el legado de nuestros padres sirviera para algo. Tú no lo necesitas, Shelma tampoco y, aunque sé que puedo contar con vosotros para todo, precisaba hacerlo. Deseo valerme por mí mismo, y eso me ayudaba. Piénsalo, por favor.

Un silencio tenso tomó la estancia.

Sandra los observaba a todos y, alucinada, le pareció que sonreían.

Megan, la hermana de Zac, acababa de decir que éste se había jugado la vida yendo a reclamar una herencia a Dunhar..., ¿cómo podían sonreír ante algo semejante?

Así estuvieron unos segundos, hasta que Megan, que era la única que no sonreía, murmuró:

—Nunca dejas de darme disgustos.

—Tú, que te lo tomas todo muy a pecho, hermanita.

—Eres un descerebrado.

—Habló la intrépida y temeraria guerrera.

Al oírlo, Megan sonrió y lo abrazó.

—La próxima vez que vayas a hacer una locura, por muy tonta o absurda que te parezca, por favor, dímelo. ¿Me lo prometes?

Sonriendo, y al tiempo que miraba a su cuñado Duncan, que también sonreía, Zac afirmó:

—Te lo prometo.

En ese instante, la puerta volvió a abrirse, y Zac, al ver a las hijas de su hermana Megan, Johanna y Amanda, y a Trevor, el hijo de Shelma, se olvidó de todo y se dirigió hacia ellos. Entonces miró a la hija mayor de Megan, que ya era una jovencita, e indicó al ver cómo aquélla se atusaba el cabello oscuro:

—Johanna, cada día estás más preciosa.

Ella sonrió con coquetería.

—Gracias, tío Zac.

Duncan miró a su hija mayor y sonrió, pero, al ver cómo la contemplaban algunos de los hombres jóvenes de Kieran, preguntó con voz enfurecida:

—Y ¿vosotros qué miráis?

Al verse sorprendidos por el rudo highlander, los escoceses rápidamente bajaron la mirada, y Johanna, que comenzaba a ser una joven de extremada belleza, como su madre, gruñó:

—Papá, por favorrrrr.

Duncan maldijo, y Megan, sabiendo lo que su marido sentía ante las miradas que su hija cosechaba ya, se acercó a él y cuchicheó con una sonrisa:

—Cariño, tranquilo. Nuestras hijas son muy bonitas, y es normal que las miren.

Zac sonrió al oír a su hermana. A continuación, se dirigió a su sobrino:

—Y tú, Trevor, has crecido.

El muchacho asintió.

—Dentro de unos meses superaré a mamá.

Zac estaba riendo por aquello cuando un golpe en el trasero llamó su atención. Al mirar a la pequeña Amanda, ésta le preguntó con gesto pícaro:

—Tío, ¿te gusta mi espada nueva?

—Es tan preciosa como tú, cariño.

La cría asintió y, contemplando la espada de madera con adoración, afirmó:

—Papi y yo compramos la mejor y, mira —dijo señalando una piedra blanca que llevaba incrustada en la empuñadura—: ¿a que es bonita su forma de estrella?

—Muy bonita, mi niña. Muy bonita —afirmó Zac, henchido de amor por la pequeña.

—Es la estrella de la suerte, tío.

Unas risotadas sonaron entonces en el exterior, y Duncan, al reconocer la voz de su hermano, dijo:

—Acaban de llegar Niall y Gillian.

—Y May, Jesse y Davinia —apostilló Kieran al ver llegar a los familiares de Angela.

La pequeña Amanda, al oír aquello, corrió hacia la puerta. Quería enseñarle a su tío Niall la nueva espada que había comprado con su papá.

Instantes después, una mujer rubia, no muy alta, entró en la estancia sonriendo, y Angela se la presentó a Sandra como Gillian. A continuación, les presentaron a su marido Niall y a su hija.

Poco después entró también Edwina, la madre de Kieran, con May y Davinia, las hermanas de Angela. Al verlas, Sandra corrió a abrazarlas bajo la disimulada mirada de Zac, a quien, a pesar de lo mucho que discutía con aquélla, le agradaba tenerla cerca.

Como siempre, May llegó vestida con su hábito, y Davinia,

acompañada por su marido Jesse y por toda su prole de hijos. Con tanto niño allí, el jaleo estaba garantizado.

Los últimos en llegar aquella tarde fueron Axel y Alana, unos amigos de Kieran.

Esa noche, mientras todos cenaban en el grandioso comedor del castillo de Kildrummy, Sandra miró a su alrededor y sonrió. En Carlisle jamás había existido aquella felicidad y aquella hermandad, y sonrió al imaginar lo mucho que disfrutaría su madre allí.